

3. JOSE ORTEGA Y GASSET



—¿Podría hablarle?

—Entre. Pase usted. ¿Qué quiere de mí?

—Preguntarle...

—Lleve usted mucho cuidado. Toda pregunta es siempre peligrosa. Toda pregunta está cargada de materiales explosivos. Suelen ser las preguntas más levantiscas que las respuestas y, sobre todo, más largas.

—¿Usted, hizo de la filosofía su vocación?

—No, no es precisamente eso. Verá. Yo hice de mi vocación una filosofía. La vocación es como un espléndido velamen dispuesto, pero la filosofía es la que hincha tirante la tela como una mejilla eólica...

—Definió usted al hombre con esta frase: *Yo soy yo y mi circunstancia.*

—Toda definición es algo perentorio y terminante. Nunca me ha gustado la pedantería. El pedante suele vivir en una dantesca situación que se perfila rápidamente pedantesca. A mí me gusta hacer el amor a los temas, a las cuestiones. El pedante es el hombre sin amor. Tengo aun inédita y descabalada mi «Meditación de Don Juan», que arranca de una escena famosa, que usted recordará, aquella de:



¿No es verdad, ángel de amor...?

Esa verdad, interrogante e interrogada, es la que de veras percute sobre mi atención.

—Pero usted no ha respondido a mi pregunta.

—¿Se refiere a la circunstancia? Vera usted. El hombre es como el arquero que traza la mitad de su circunferencia con el arco. La cuerda es el diámetro que se pasa, se ha escapado el centro, y brinca la secante. Habrá que dar con un nuevo resultado en el uso de la línea.

—Perdone si insisto de nuevo...

—No tengo nada que perdonarle. Creo que le estoy respondiendo, aproximándome velozmente al tema. Sin embargo, puesto que así lo quiere, sobrepasemoslo. Lleguemos hasta el hombre que es simplemente su circunstancia; aquel que no bracea entre la espuma, como el nadador que se deja llevar por la corriente, y no tarde mucho en ser también elemental confusión.

—No sé si me equivoco, pero me parece que la filosofía es para usted una exigencia.

—Para mí, la vida es una exigencia. Hay quien lleva su vida, o lo que sea, a la casa de expósitos, sin la más pequeña turbación, sin querer dotarla de un nombre y un dominio. Para éstos, hablar de rigor y vehemencia es algo obstinadamente molesto, quizá porque saben que nunca serán elegidos, ni siquiera llamados.

—¿Y la razón vital?

—Todo es razón vital. El resto son razones, embrollo.

—¿Por qué?

—Tengo un descomunal afecto por un hombre enmascarado que se llamaba Federico Nietzsche. ¡Qué extraño y descorazonador este singular pensamiento hecho hombre, que se pasó la vida devorándose a sí mismo hasta enloquecer! Nietzsche hizo de la vida una interpretación de la que él fue el principal personaje. Fue, eso sí, tan leal que casi toda su obra está henchida de fragmentos y aforismos. Pero ¡cuántas veces se le erizan las palabras!

—¿Y el amor? Usted ha escrito bastante sobre el amor.

—Soy un secuaz, un banderizo del amor. El amor es algo que nunca se improvisa. Nadie se enamora de repente, y el famoso flechazo no pasa de ser una ordinareiz de montería. Puede llegar el instante, pero ya el ena-



morado se encontraba alerta, acondicionado para el enamoramiento, husmeando la figura cruza frente a él. Por eso hay gente que no llega a enamorarse una sola vez en su vida, y por eso hay quien se enamora en múltiples ocasiones.

—*¿Por qué?*

—Siento que use usted excesivamente de ese pequeño martillo del porqué. ¿No será que el amor es una forma de inspiración, como la música o la química? ¿No le parece a usted que el amor es una obra de arte?

—*No sé. No sé que responderle.*

—¿Se da cuenta de que tenía razón al iniciar nuestro diálogo, sobre el posible material explosivo de las preguntas? El amor es una obra de arte. Lo que suele ocurrir es que muchos amores no acostumbran a ser contados. El enamorado de veras mantiene su intimidad herméticamente oculta, suavemente alejada. Pero hay también otros amores...

—*¿Por ejemplo?*

—Hay otros amores más peligrosos que el mismo amor, como el amor del científico para su retorta o sus fórmulas. Si aquel sabe frenar su entrega, la obra puede ser venturosa; mas lo peligroso del científico es que puede entregarse radicalmente, como ser humano, a aquello que está haciendo y que quiere enseñorear como invención, hasta el extremo de traicionar su propia calidad piadosa. Hay hoy en el mundo un sospechoso relente científico. Las gentes están especializándose demasiado, y se les escapa algo que ha costado muchos siglos de atención y cautela, y que se llama misericordia.

—*¿Qué piensa usted de la política del mundo?*

—La política ya no existe. La política ha desaparecido.

—*¿Entonces, es usted pesimista?*

—No. Albergó en mi pecho un gran temor para esta fase rigurosamente compulsiva en que va penetrando la historia. Se trata del temor al negro, más que del temor al amarillo. El hombre blanco tiene miedo. Africa está dando aldabonazos, indecisos pero fuertes, sobre la puerta de la historia. En cualquier país negro puede producirse un además sorprendente. Puede surgir alguien, un príncipe o un caudillo político, que se ponga al frente de las fuerzas partidas, con valentía, corazón y fuerza vital, y que logre unir al continente africano, expulsando a árabes y europeos. Se puede conquistar la luna, pero a la vez puede perderse Africa.

